

Doce pisos y todos iguales. Puertas de acero inoxidable se cierran silenciosamente a mis espaldas y un ¡din! leve suena en mis orejas. Me inclino adelante hacia la barandilla, mirando fijamente por el vidrio a los remolinos de gente bailando en el concreto de una actividad a otra - desde esa piscina a esta pista de tenis; arriba de todo yo miro, solo, silencioso.

El metal está frío en mis manos. Me gusta la sensación. Mi visión periférica precibe rayas de color pintando la carretera. Una mirada aquí, una allí, y mis ojos se fijan firmemente en esa cancha de tenis. Cuatros amigos juegan. ¿Amigos míos? Por supuesto.

Pegan la pelota. ¿Por qué no puedo simplemente... Sí puedo. ¿Desde cuándo? Yo arrastro mis ojos a algo diferente.

¡Din! Alguien sale del ascensor. Mi cabeza gira a encontrar a un hombre que sale tropezando, arrastrando una maleta grande, con almohadas y mantas sueltamente fijadas arrastrando el piso. Él para y mira a su llave de plástico. Me doy media vuelta para descubrir una arañita negra trepando - o, por lo menos, intentando trepar - el vidrio polvoriento de la ventana. Se crispa un momentito, para, se crispa, para... y entonces sigue. ¿Algo para analizar? O simplemente algo para mirar. Gatea lentamente, estirando una pierna tras otra, cuidadoso, colgándose - resbalando. Las puertas del ascensor se cierran.

¡Din!

Se cae y aterriza con un ruidito sordo.

Hm. Miro sobre la barandilla y espío a la arañita intentando subir de nuevo. Una soga invisible tira en mis pupilas. Mi cabeza se alterna entre esta arañita y estos amigos. Amigos. Un parpadeo y mis ojos revolotean a esa cancha de tenis abajo doce pisos. Nada ha cambiado. ¿Estás seguro? Sí. Me muevo las piernas en la barandilla.

Imágenes borrosas corren por la carretera, sus destellitos parten mis ojos como cien agujas. Enojo. ¿Por qué? Porque no estoy donde debo. ¿Quién lo dice?

Ellos golpean la pelota nuevamente en cima de la red. Uno se lanza y falla. Vuelvo a mirar a la arañita. Ahora trata un sendero diferente. En vez de subir el vidrio, corretea por el alféizar y llega al concreto blanco. Terra firma.

Algo me tornea y me recuesto hacia la barandilla con codos erguidos, dedos en la reja glacial. Miro fijamente al ascensor. Las puertas de acero inoxidable resplandecen en el sol de plata, como una invitación para una boda u otra ocasión feliz. Yo no puedo sino mirar al suelo. No soy destinado para ellos. No puedo vivir como ellos. Miro a las puertas. De nuevo miro al suelo.

Introverso. ¡Dios! ¿Por qué soy así? Ve al ascensor. No. Mis manos salen de la comodidad de las rejillas frías y camino al ascensor. Dios, permíteme estar solo, nomás. Como siempre. Simplemente estaré solo. Las puertas metálicas surgen enfrente. No, no quiero estar solo. Empuja el botón. No.

Me siento enfermo.

